

tuna así adquirida fué empleada en buscar lo bueno y el bien, mejorando las condiciones del trabajo en las comarcas á donde podía extenderse su influencia, convirtiendo sus propiedades rústicas en estaciones de aclimatación de plantas útiles, de ensayo de cultivos nuevos, de producción de ejemplares botánicos exquisitos. En esto como en todo, Ocampo ponía todo el calor de su alma apasionada. Un amigo suyo me contaba que en cierta ocasión, en el jardín de la pequeña estación de «la Tejería», en el incipientísimo ferrocarril de Veracruz á Méjico (esto pasaba el año de 59), se encontró al ilustre reformista arrodillado y lloroso de emoción ante unas matas de espléndidos lirios yucatecos en flor.

☪ No era hombre de soberbia y rígida incredulidad, como Ignacio Ramírez; se hablaba de su ateísmo; en realidad creía en el bien, creía en la libertad, no acertaba á separar á Dios de la naturaleza; un Dios personal y trascendente escapaba á su lógica y á su razón; era lo que las escuelas metafísicas llaman «un panteísta»; pero eso era en él muy íntimo y muy personal. En sus relaciones oficiales, en sus escritos polémicos, en sus actos como gobernante, con menos precisión que Juárez, que fué siempre creyente y católico, lo que trascendía á sus actos gubernativos hasta poco antes de la Reforma, Ocampo se mostró siempre respetuoso de la religión popular, y hablaba como un buen católico de Dios, de la Providencia Divina, de Jesucristo y de su Iglesia. Los intransigentes de hoy (esto cuesta poco trabajo y poco riesgo) son capaces de tachar á Ocampo de hipocresía, como á Juárez de santurronería. Absurda cosa; quien no sea capaz de ponerse bien dentro del espíritu y las necesidades de una época, que no pretenda jamás ser historiador de ella; jamás lo será. Reemplazará la vida con abstracciones, principios y fórmulas; rellenará todo ello de concepciones optimistas ó pesimistas; levantará la temperatura de sus frases al rojo blanco de la diatriba, ó fulminará sentencias y anatemas, pero no hará historia; hará la historia de su intelecto, proporcionará datos para su propia psicología, y nada más. Por otros rumbos van los estudios históricos. La condición de vida de las ideas nuevas, desde el punto de vista sociológico, no filosófico, consistía en envolverlas en una corteza de respeto á las creencias fundamentales ambientes; el progreso, la marcha de la Reforma estribaba en evitar todos los rozamientos posibles con lo que formaba parte substancial del alma misma del pueblo. Precisamente mostrando que lejos de chocar con el dogma cristiano las fórmulas nuevas, en realidad se inferían del cristianismo primitivo, que proclamaba la pobreza como un bien supremo y el culto externo como asunto secundario, ya que no inútil, y el amor al pueblo, á los desheredados, como un ejemplo divino del Divino Maestro, era como podía lograrse ir transformando la mentalidad, mejor se diría, la sentimentalidad de las masas burguesas, que es lo que en toda revolución de ideas, como decía Ocampo, precisa conquistar. Y lo que hacía la fuerza de esta argumentación, que era principalmente contra la riqueza de la Iglesia y que nunca la Iglesia ha podido refutar sino á medias, era que así lo pensaban, que así lo creían los publicistas liberales. ☪ En el fondo Rousseau era un panteísta; así era Ocampo, y en su boca ó en su pluma las palabras DIOS, PROVIDENCIA DIVINA, FE, ESPERANZA Y CARIDAD tenían un sentido especial, bastante distinto del que la Iglesia les daba; la personalidad

consciente de la divinidad, á quien puede ir la plegaria y que mide las acciones humanas, no tenía explicación, sin duda, para él, y en su testamento estoico y fiero no tiene ni una palabra religiosa, ni una protesta ante el martirio, ni un estremecimiento ante la muerte. Por respeto á la dignidad humana, supremamente encarnada en aquel hombre, los fusiles homicidas de Márquez deberían haber enmudecido. ¡Márquez...!

☪ Ocampo no era egoísta, era lo contrario; su altruismo era espontáneo y fecundo; pero era UN INDIVIDUALISTA: todo debía encaminarse á hacer del hombre un señor de sí mismo y de la creación. «La raza nuestra, decía, se perfecciona gradualmente; el hombre vive con mayor comodidad enseñoreándose por el arte de la naturaleza que le hace conocer las ciencias, y llegará en una gran mayoría de individuos á EMANCIPARSE de todos sus tutores y á SER HOMBRE EN TODO». Por su extremado INDIVIDUALISMO, lo tenían muchos por anarquista, y la verdad es que instintivamente detestaba, aunque las soportaba, todas las trabas gubernamentales; su buen sentido le obligaba á amoldarse á ellas, como se amoldaba á las religiosas. Es que era un SOCIÓLOGO; observaba el fenómeno social con penetración y lucidez de clarividente y presentía, ya que no preveía los acontecimientos. ☪ Un hombre así armado, tenía muchas deficiencias en su armadura, pero esta era de fierro incrustada de oro; un hombre así armado, SUGESTIONABA, se imponía á todos. En New Orleans, mientras todos trabajaban como simples obreros para poder comer (Juárez hacía cigarros), Ocampo, cuyos bienes fueron confiscados, pensaba sin cesar en la Revolución y seguía paso á paso los movimientos del dictador encaminados á apagar el incendio del Sur; precisaba convertirlo en una conflagración general, y Ocampo contribuyó á incendiar el Norte y á atizar la llama por doquiera.

☪ La influencia, el ascendiente de Ocampo sobre el grupo de New Orleans era inmenso; sobre Juárez fué evidente, ni podía menos. Las convicciones liberales de ambos eran firmes; juntos habían sido gobernadores, uno en Oajaca y en Michoacán el otro; ambos habían propugnado la teoría de la paz y anatematizado las revoluciones para sostener el federalismo honrado, unido en derredor de las honradas y moderadas administraciones de Herrera y Arista; ambos anatematizaban ardientemente la revuelta híbrida y equívoca de Jalisco; pero mientras Juárez, á fuerza de condescendencias aparentes, se esforzaba en mantener quieto al clero, Ocampo le había arrojado el guante en la cuestión de Obvenciones. En New Orleans las cosas cambiaron de aspecto; allí con Mata, con Ponciano Arriaga quedó formulado el programa del partido sobre que había de informarse poco después la Constitución de 57. Emancipación completa del poder civil, y no sólo completa sino definida; para lo cual: destrucción radical del poder de la Iglesia, como no fuera el estrictamente espiritual, suprimiendo los fueros, las comunidades religiosas y nacionalizando los bienes del clero. El espectáculo norte-americano fortificaba y corroboraba las ideas libérrimas de los proscritos; veían claramente, de bulto, la relación entre la libertad y la prosperidad. Cierta ocasión paseaban juntos por la LEVÉE de New Orleans Juárez y Mata: asombrábase el futuro presidente del inmenso movimiento mercantil que revelaba una hora pasada

junto al Mississipi en aquel paraje: «la explicación de todo ello, decía Mata, es una libertad solamente, la del comercio interior: suprimamos las alcabalas y nuestra prosperidad correrá parejas con ésta». Y así eran las lecciones directas de las cosas que aquel mundo anglo-sajón daba á los desterrados. Esto los mantenía firmes en sus convicciones; todo el odio á la tutela del clero tenía un anverso, la devoción á la libertad de conciencia, incompatible con la autoridad de la Iglesia. De aquí el vivo deseo, no sólo de renovar en la constitución futura el capítulo magno de los derechos individuales, que la dominación eclesiástica impedía realizar, sino de encontrar el modo de hacerlos efectivos sometiendo en un momento dado toda la acción administrativa al poder judicial. (Juicio de Amparo.)

☪ Las ideas, su expresión, variaron de tono en la boca de Juárez desde la revolución de Ayutla; la supresión del ejército permanente, que era un canon del credo liberal puro y que Comonfort tuvo cuidado, no sólo de no admitir, sino de neutralizar y nulificar (porque le parecía absurdo) en un artículo del Plan de Ayutla, en que se demostró plenamente que la revolución no era enemiga de los militares sino del militarismo, quedó para el grupo de New Orleans en estado de desiderátum. No era prudente, para no exasperar á los soldados permanentes, excomulgarlos desde luego. En cuanto al clero, había que desarmarlo y nulificarlo temporalmente por grados; inútil es decir que Ocampo no estaba por esta marcha, aunque fuera firme, aunque fuera rápida; él habría querido que antes de que la revolución cediera el paso á un estado normal, no sólo la supresión de los privilegios, sino de las clases privilegiadas fuese un hecho. Las mismas clases debían encargarse, por sus desapoderadas resistencias, de convertir el programa de Ocampo en un programa de gobierno: las leyes de Reforma. Entre tanto había necesidad de sortear los escollos, no de estrellarse contra ellos.

☪ La tiranía de Santa Anna había logrado unificar al inconexo partido liberal, que en compacta legión pedía la caída del déspota, y puede decirse que hubo un momento en que todos conspiraban, hasta los burócratas, hasta los soldados. Los conservadores sensatos, llenos de recelo, es cierto, pero perfectamente convencidos de que la dictadura aquélla no era un gobierno, no era una institución, sino un hombre, el vicio de un hombre, veían sin mal talante la desaparición del despotismo. Su esperanza era Comonfort, y era, en realidad, un hombre capaz de encarnar una esperanza quien había sido el caudillo real, el alma de la revolución de Ayutla.

☪ ¿Quién era, por qué era, cómo era Comonfort? El general Don Juan Álvarez, lo mismo que la mayoría de los viejos insurgentes, pasaba por favorable á las ideas radicales. (Bravo, que murió poco después de proclamado el Plan de Ayutla, constituía una visible excepción.) De hecho, cuando Comonfort se separó del anciano caudillo del Sur para marchar en busca de recursos á los Estados Uni-

dos, y á raíz de su vuelta para impulsar la revolución en Michoacán y Jalisco, el MEDIO que rodeaba al general Álvarez, y bajo cuya influencia permaneció hasta el fin de la lucha, no podía ser más resuelto en pro de la Reforma; en el grupo descollaban sus hijos, sobre todo el más inteligente de ellos, Don Encarnación, enteramente ganado al liberalismo más de vanguardia, de cuyas máximas se había saturado, por decirlo así, en Francia, y el joven Don Ignacio M. Altamirano, que llevaba á «La Providencia», hacienda y cuartel general de Álvarez, una imaginación indeciblemente calentada por el sensualismo de su temperamento y por el contacto familiar con los grandes clásicos paganos; una pasión ciega por los hombres de la Revolución francesa, que aceptaba, amaba y proclamaba, como dicen los neo-jacobinos, EN BLOQUE; pasión que se había encendido en él, escuchando á Ignacio Ramírez en su clase de literatura del Instituto de Toluca, y que no se extinguió jamás. La verdad es que, por su elocuencia y por su carácter, Altamirano era vivo trasunto de un CONVENCIONAL de la gran época. Después, al concluir la campaña, casi en vísperas de la partida de Santa Anna, llegó Juárez; cuando fué reconocido (según una anécdota que por allí corre), el general Álvarez lo trató con marcadas consideraciones y solió buscar su consejo; no lo encontró nunca ni más firme ni más discreto. Pero Juárez, que gracias á un auxilio eficaz de Ocampo, había podido hacer el viaje de New Orleans á Panamá y Acapulco, traía á aquel centro oficial, digámoslo así, de la revolución, el pensamiento de Ocampo; NECESIDAD DE LA REFORMA RADICAL; SUPRESIÓN, NO SÓLO DE LOS PRIVILEGIOS, sino de las clases privilegiadas; no sólo «abajo los fueros», sino «abajo el clero y el ejército». Poco tuvo que hacer, sin duda, para convencer al señor Álvarez; pero, con su sensatez y cordura genuinas, todo lo subordinaba al acuerdo entre los jefes de la revolución triunfante, entre Álvarez y Comonfort; esto explica su conducta posterior. Y efectivamente, una disidencia entre ellos habría retardado el triunfo del Plan de Ayutla, ó nulificado en la raíz los resultados.

☪ Comonfort se dió á luz, entrando en la revolución; su papel como soldado, como diputado, como empleado había sido honorable, sin ser de marca; era un hombre de segunda fila. El Plan de Ayutla le dió notoriedad, y sus reformas en la parte del Plan que sobreentendía la existencia de la Federación, fueron por él discretamente meditadas; mientras la Nación no hablase por medio de su Congreso constituyente, nada había que presuponer; derrocado el tirano, no quedaba en pie más que la República con su derecho de nombrar representantes para constituir la; á ellos tocaba decir si habría ó NO FEDERACIÓN.

☪ Comonfort ha sido sindicado con justicia de HOMBRE DEL PARTIDO MODERADO; pero hay que entenderse sobre este concepto: del partido liberal moderado, debe decirse, no de los conservadores moderados, que eran los que no creían bueno llevar la resistencia á la Reforma hasta la guerra civil; de éstos eran los antiguos liberales D. Bernardo Couto, D. José Joaquín Pesado y algún viejo obispo quizás, un Garza, de Méjico, un Portugal, de Michoacán, un Guerra, de Yucatán. Comonfort pensaba que había que reformar, pero no entendía como los PUROS por reforma, TRANSFORMACIÓN, sino cambiar mejorando. Creía que el tiempo y las condiciones de Méjico sólo eso permitían, que sólo eso era viable: despojar á las

clases de lo que hubiese de más irritante en sus privilegios, pero colmándolas de compensaciones y de miramientos personales á sus jefes, para obligarlos á fuerza de condescendencia á que aceptasen los cambios. Por tanto, sólo en parte deberían suprimirse los fueros, mas á los militares precisaba dejarlos en el goce de sus honores y empleos; también era urgente, lo veía bien, y era un artículo del PROGRAMA moderado, desestancar los capitales de manos muertas, es decir, poner en circulación los bienes del clero. En cambio, la independencia entre la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos deberían ser sacrificados á una esperanza de armonía posible con los obispos y el Padre Santo.

☪ Cuando Ocampo reprochaba á Comonfort la adopción de su política de transacciones como objeto final de la revolución de Ayutla, el caudillo triunfante podía haberle contestado: lo único posible en política es transigir; si usted me diese un pueblo de Ocampos, comprendería la urgencia de las medidas radicales que se me señalan; pero el pueblo es todavía Juan Diego, y mientras así sea ¿en qué nos apoyamos para transformarlo? Y esta respuesta era la sensata y la justa. Y, sin embargo, Ocampo tenía razón. Los acontecimientos se encargarán de explicarnos la aparente paradoja.

☪ Comonfort eso era, un hombre de moderación y de ponderación; podía ser, y eso aspiró á ser, un restablecedor del orden, un mantenedor de la paz, nunca el jefe de una revolución. Se vió desde Ayutla: cierto que en teoría debía dejarse al futuro Congreso, representación de la mayoría del pueblo (una abstracción que se llamaba el pueblo mejicano), toda su libertad de acción para decidir si la República debería ser central ó federal; claro que en teoría había que centralizar la federación hasta donde fuera posible sin alterar profundamente su esencia. Y todo eso era debido tratarlo en un Congreso; mas lo que para nadie estaba en duda era que el partido liberal puro hacía la revolución, que el partido moderado deseaba su triunfo, pero apenas se movía; pues bien, era artículo primero del credo radical el FEDERALISMO; somos federalistas, había dicho Ocampo; sobre todo, somos federalistas. La reserva tan acentuada que envolvía la corrección del Plan de Ayutla en Acapulco, escribiendo departamentos (régimen central) donde decía estados (régimen federal), marcó AB OVO la división que debilitaría á los triunfadores. Los acontecimientos de la misma guerra, la captura de la brigada Zuloaga y su rehabilitación y predilección por ella al fin; los acontecimientos de Cuernavaca; la organización del Ministerio que, en plena discusión de la ley fundamental, expidió el Estatuto orgánico, programa del partido moderado; la actitud del Gobierno frente á las libertades primordiales como la de cultos, y la catástrofe final, el golpe de estado, formaron los eslabones de una cadena que pendía del carácter mismo del general Comonfort y que colgó en el abismo...

☪ Pero era un hombre indispensable; á él principalmente debía el ser la revolución; precisamente sus condescendencias, sus temporizaciones, sus concesiones lo habían popularizado; cuantos se acercaban al caudillo quedaban prendados de su afabilidad seria, de la sinceridad de sus propósitos, de sus deseos de atraer á todos cuantos de buena fe quisieran el bien de la Patria, hacia un terreno de concordia y sacrificios mutuos; y el hombre de cuerpo espeso, de tez densa-